

Configuraciones del patriarcado como dispositivo de poder

Leydy Milena Bonilla Bernal*

Resumen

La ponencia rastrea la configuración del patriarcado como dispositivo de poder foucaultiano. Para Segato, el patriarcado es un entramado de elementos presentes en las sociedades, mientras que Foucault conceptualiza los dispositivos como redes de relaciones entre elementos heterogéneos que permiten la circulación y consolidación del poder. Al explorar los vínculos entre estos enfoques, la ponencia revela cómo estas estructuras de poder se entrelazan y perpetúan, arraigándose profundamente en el tejido social. Este análisis ofrece una comprensión de la persistencia del patriarcado, destacando su capacidad de adaptarse y reforzarse a lo largo del tiempo.

Palabras clave: Patriarcado, dispositivo, relaciones de poder, disciplinamiento, sujetos

Configurations of patriarchy as a device of power

Abstract

The presentation traces the configuration of patriarchy as a Foucauldian dispositif of power. For Segato, patriarchy is an intricate network of elements present in societies, while Foucault conceptualizes dispositifs as networks of relations between heterogeneous elements that enable the circulation and consolidation of power. By exploring the links between these approaches, the presentation reveals how these power structures intertwine and perpetuate, deeply embedding themselves in the social fabric. This analysis offers an understanding of the persistence of patriarchy, highlighting its ability to adapt and reinforce itself over time.

Keywords: Patriarchy, dispositif, power relations, disciplining, subjects.

* Estudiante de Filosofía, Universidad Libre, Facultad de Filosofía y Ciencias Humanas. Integrante del Semillero Unheimlich. Ponencia presentada en el marco de Congreso Internacional, X Congreso Nacional de Filosofía del Derecho, Ética y Política, y XV Coloquio de Estudiantes de Filosofía "Nuevas perspectivas desde y para Iberoamérica".

Contacto: leydym-bonillab@unilibre.edu.co

Configuraciones del patriarcado como dispositivo de poder

Introducción

El propósito de esta ponencia es entender de qué manera la configuración de los dispositivos de poder, propuestos por Michel Foucault, nos permite abordar el problema del patriarcado; por lo que, el objetivo no es otro que comprender cómo el “patriarcado” puede ser pensado como un dispositivo. Esto es importante, ya que algunas autoras que parten del feminismo radical como Catherine Mackinnon (1995), entienden al patriarcado como una forma de poder que radica en el Estado y en las instituciones, a grandes rasgos, este poder se encuentra localizado en las formas estatales. Si bien, esta es una forma de entender el patriarcado, desde mi punto de vista, es necesario distanciarnos de esta visión, ya que no nos permite ver al “patriarcado” desde otras esferas que constituyen al tejido social en sí.

Por esto, más allá de entender al patriarcado como una estructura inamovible que le pertenece al aparato estatal, la tarea es pensarlo como un sistema, una red heterogénea que responde necesariamente al momento histórico. Cómo lo va a sostener Segato (2016), el patriarcado se despliega como una red, es un entramado de elementos que, tal como los dispositivos de poder foucaultianos, también se conforma por mecanismos institucionales, arquitectónicos, legales, morales y en sí, en las formas tanto discursivas como no discursivas. Esto permite que los dispositivos tengan la capacidad de establecer relaciones de poder, que por medio de sus mecanismos disciplinen a los sujetos.

A grandes rasgos, el poder foucaultiano, como visión de patriarcado, terminan por crear sujetos femeninos y masculinos, esto por medio de prácticas sociales, políticas, económicas y culturales, enmarcándolos en un conjunto de reglas y normas que deben cumplir y dictaminan cómo y qué deben ser y hacer. Además, tal y como pasa con los dispositivos de poder, el patriarcado también responde a un momento histórico determinado, esto quiere decir que, por ejemplo, las forma de disciplinamiento de los cuerpos no son las mismas ahora, que hace una década, sino

que, estas formas van mutando y se van adaptando al momento histórico. Por esto, la necesidad de entender al patriarcado no solo como un poder estatal, sino como una red heterogénea, nos va a permitir abrir el campo de posibilidades que nos sirve para comprender por qué el patriarcado ha funcionado y se ha mantenido a lo largo de la historia.

En un primer momento, el análisis se centrará justamente en desglosar lo que para Foucault son los dispositivos de poder, teniendo en cuenta los pilares fundamentales que determinan cómo están conformados los dispositivos, ya que estos nos dan las pautas para aproximarnos a esta visión del patriarcado como dispositivo. En un segundo momento, se establecerá la relación entre esta visión de patriarcado, donde se estará entrelazando con lo propuesto por Foucault sobre los dispositivos.

El dispositivo foucaultiano

Para Foucault (1977), los dispositivos son un conjunto conformado por diferentes elementos, tanto discursivos como no discursivos, que se articulan necesariamente con los juegos de poder, por lo que terminan respondiendo a un momento histórico determinado. Dicha red de elementos heterogéneos es totalmente necesaria para que se pueda dar la circulación del poder. Esto significa que los dispositivos forman una red compuesta por varios mecanismos como las institucionales, la arquitectura, formas administrativas, legales, incluso morales y discursivas que terminan siendo las formas o lugares donde el poder se despliega. Para entender un poco mejor esto, nuestro autor nos presenta tres pilares fundamentales para entender los dispositivos.

El primer pilar del dispositivo hace referencia justamente a ese conjunto heterogéneo, donde se crean escenarios, lugares predispuestos tanto discursiva como arquitectónicamente diseñados que condicionan a los sujetos. Dichos espacios traen consigo todo un conjunto de instituciones, de leyes e incluso de normas morales que conforman esta red. El segundo pilar, menciona que la naturaleza de

los dispositivos es estratégica. Es decir, que los elementos heterogéneos pueden articularse con el discurso, en otras palabras, tanto las instituciones como las instalaciones arquitectónicas y demás formas no-discursivas, necesitan del orden discursivo para operar, “ese discurso puede aparecer como programa de una institución, bien por el contrario, como un elemento que permite justificar y ocultar una práctica” (Foucault, 1976-1979, p. 299). El tercer pilar, hace referencia a que el dispositivo responde necesariamente a la urgencia de un momento histórico. Aquí partimos por entender que cada momento histórico configura de alguna manera su red de elementos heterogéneos, esta red con el tiempo se va modificando. Esto se da por las contingencias del momento histórico, por lo que estos elementos van mutando y ajustándose a las condiciones, abriendo campos de acción para los sujetos, esto permite que los dispositivos sean maleables y dinámicos.

Es en los dispositivos donde se configuran los espacios y la manera en la que el poder se manifiesta, lo que permite que se dé este ejercicio de poder. Esto es importante, puesto que dicha configuración de los espacios y las normas recaen en los sujetos; es decir, es en los sujetos donde las relaciones de poder y el juego de fuerzas toman fuerza, en el sentido en que esto es lo que nos constituye como sujetos y como sujetos capaces de actuar. Los dispositivos terminan siendo formas en las que, por un lado, se objetiva el sujeto, es decir, modos en los cuales el sujeto termina constituyéndose como objeto dentro de las dinámicas sociales, culturales e institucionales, y, por otro lado, formas que subjetivan al sujeto. Esta subjetivación está profundamente relacionada con las formas en que el sujeto se relaciona consigo mismo y con los otros, en otras palabras “los modos de subjetivación son precisamente las prácticas de constitución del sujeto” (Castro, 2004, p. 332).

Foucault, en el *Sujeto y el poder* (1991), busca comprender estos lugares o escenarios que están diseñados con el fin de moldear a los sujetos, por lo que, plantea diferentes modos de objetivación, por los cuales, el individuo deviene sujeto. En primera instancia, el sujeto aparece constituido bajo el dominio de las ciencias, a saber, el de la biología, la economía y el estudio del lenguaje. Por esta razón el

humano, para ser sujeto se encuentra atravesado por diferentes formas sociales, culturales que determinan normas, deseos y necesidades del sujeto, es por medio del lenguaje y de las formas simbólicas que se objetiviza al sujeto enmarcándolo en un conjunto de reglas que deben cumplir que dictaminan como y que debe ser.

En segunda instancia, encontramos a todas estas prácticas que dividen, es decir que la configuración de los sujetos se hace a partir de características divisorias dentro de la sociedad. Esto se comienza a entender sobre todo en diferenciación entre el sujeto sano y el sujeto enfermo o entre quien se encuentra dentro de unos estándares y quien está al margen, se termina haciendo la distinción tajante entre lo normal y lo anormal. Este sujeto termina estando sujeto a prácticas sociales, culturales y estatales, son prácticas de un sujeto determinado en el mundo para cumplir con las exigencias sociales, culturales, jurídicas, etc., lo que hace que los sujetos terminen reproduciendo estas dinámicas. En general, aquí se recae en una binarización de los sujetos, dividiéndolos y clasificándolos según sus características: el loco del sano, el libre del preso, el hombre de la mujer, etc.

En tercera instancia, se habla del sujeto de sexualidad. Este sujeto se construye a partir del disciplinamiento de los cuerpos en función de los dispositivos que se configuran a partir del sexo, esto con el fin de controlar de alguna manera la población. Lo que hace que esté profundamente relacionado con una economía del cuerpo, en el sentido en que, por medio de éste se controla las formas en que los humanos se perciben como sujetos, se crean subjetividades que los encasillan como sujetos masculinos o femeninos, que terminan enmarcándose en categorías como lo son la “mujer histérica”, el “adulto perverso”, el “niño masturbador”, etc., que a la larga corresponden con estrategias de las relaciones de poder dentro de los dispositivos.

Teniendo esto en cuenta, el sujeto no solo se encuentra mediado por relaciones de producción y significación, sino que también por relaciones de fuerza. Teniendo este panorama dibujado, vemos que el sujeto tiene diferentes y diversos campos de acción, donde evidentemente puede entrar en conflicto, dando paso a la

resistencia, ya que estos modelos de objetivación “categoriza al individuo, lo marca por su propia individualidad, lo adhiere a su propia identidad, le impone una ley de verdad que él debe reconocer y que los otros tienen que reconocer en él. Es una forma de poder que hace a los individuos sujetos” (Foucault, 1991, p. 60)

Algunas cuestiones sobre el patriarcado

Hasta aquí se ha abordado las características de los dispositivos de poder foucaultianos, siendo estos los que nos permiten entender cómo opera el poder dentro del tejido social, y el rol que juegan en la creación de los sujetos. Por lo que, en esta segunda parte nos centraremos en hilar lo ya dicho en cuanto a cómo operan los dispositivos con el patriarcado, explorando los puntos en común que podemos encontrar entre estos dos. Para dar cuenta de lo expuesto, se abordan no solo los lugares y espacios donde entra a operar el patriarcado, sino que, también se tratará de comprender la configuración de los sujetos que termina creando el patriarcado.

Para comenzar a abordar el problema del patriarcado desde la concepción de Segato, nos vamos a centrar en los pilares que configuran a los dispositivos de poder foucaultianos, es decir que, se va a partir por entender cómo se han configurado ciertos espacios y lugares a nivel histórico, los cuales terminan por condicionar a los sujetos. En este sentido, es importante resaltar que, para Segato (2016), el patriarcado siempre ha estado presente en las sociedades tanto preexistentes como en las sociedades que se crean a partir del proceso de la colonización, en este sentido, se identifican dos momentos fundamentales del patriarcado.

Por un lado, se tiene al patriarcado de baja intensidad. Por baja intensidad, la autora se refiere a un momento histórico específico, es decir, antes del proceso de colonización, donde ya existían unas sociedades originarias cuyas dinámicas eran totalmente diferentes a las de ahora, sin embargo, que sean diferentes no quiere decir que las prácticas ancestrales no sean desiguales. Aunque en las sociedades preexistentes se identifiquen prácticas de desigualdad, o asimétricas entre hombres y mujeres, estas no se encontraban tan marcadas como lo son ahora. Para Segato

(2016), las desigualdades que existían en las sociedades preexistentes, parten de la jerarquización propia de cada sociedad, la cuales se van agravando con el proceso de colonización.

Mencionar al proceso de colonización, nos lleva justamente al segundo momento, donde encontramos el patriarcado de alta intensidad. Con respecto a este suceden varias cosas, entender que sea de alta intensidad supone un tránsito entre las sociedades preexistentes a las sociedades modernas, con este paso, no solo se rompe el tejido social constituido por las sociedades originarias, sino que refuerzan las prácticas asimétricas entre hombres y mujeres. Gracias a la jerarquización que ya existía, se refuerza la idea de que hay una diferencia social y cultural que parte de lo aparentemente biológico, que divide a los hombres de las mujeres, lo que finalmente ocasiona que las mujeres pasen por un proceso de minorización, el cual, “hace referencia a la representación y la posición de las mujeres en el pensamiento social; minorizar alude al ámbito de lo íntimo, de lo privado, y, en especial, de lo particular” (Segato, 2016, p. 91) Esto es justamente lo que hacen las prácticas divisorias de los dispositivos de poder, donde no solo hay una binarización de los sujetos, sino que hay una clasificación y caracterización de cada uno, poniéndolos en extremos casi irreconciliables.

Con lo anterior, podemos identificar que el discurso que se crea a partir de las prácticas divisorias parten de supuestos sociales, culturales, históricos, religiosos y biológicos, donde al hombre se le otorgan unas características específicas y a la mujer otras. Como ejemplo, tomaremos la creencia de que en la antigüedad el rol de las mujeres dentro de las sociedades prehistóricas era el de la maternidad y el cuidado, mientras que, como lo menciona Lerner: “El hombre cazador, superior en fuerza, con aptitudes, junto con la experiencia nacida del uso de útiles y armas, protege y defiende «naturalmente» a la mujer, más vulnerable y cuya dotación biológica la destina a la maternidad y a la crianza de los hijos”, (Lerner, 1990, p. 18) esta visión termina siendo un pilar fundamental para crear lo que se acepta como feminidad y masculinidad. Estas aseveraciones se arraigaron tanto al tejido social

que terminaron creando formas tanto discursivas como no discursivas, que definen lo masculino y lo femenino, las cuales siguen vigentes hasta el presente. Esto fue posible ya que, al pasar de una jerarquización pre-institución (patriarcado de baja intensidad) al patriarcado de alta intensidad, se posibilitó la constitución de la masculinidad en contraposición con lo otro, con el *alter*.

Al pensar esta dualidad, no se cae en identificar o en remarcar las diferencias entre los hombres y las mujeres, sino que con el dualismo se busca, entender cómo el patriarcado moderno o actual crea categorías entre lo que es correcto y aceptado, y lo otro, lo que se sale de la norma, lo que hay que controlar, manejar o mejor, disciplinar. Por esto, constituye un sujeto masculino, blanco, privilegiado, heteronormado, este sujeto que funciona como un universal, como sujeto moralizante. Mientras que en la instancia del otro no solo hay un femenino, también hay un no-blanco, un marginal, un cuerpo feminizado, aquí están los cuerpos que no se enmarcan en el universal, aquí, al campo de los otros se enmarcan las particularidades marginalizadas e históricamente violentadas. La labor del sujeto moralizante no sería otra que vigilar, moralizar al cuerpo de las mujeres-feminizados, que por su particularidad terminan siendo sujetos moralmente frágiles, a la larga, con esto se busca disciplinar a estos sujetos.

Dicha moralización se da tanto en formas discursivas como no discursivas y simbólicas, donde existe un disciplinamiento y un sometimiento violento o no sobre estos cuerpos. Si bien, hay prácticas de disciplinamiento y sometimiento que son más evidentes como la violación y las violencias físicas y sexuales, existen otros espacios más sutiles, que están marcados o por estereotipos de belleza y estándares que normativizan cómo deben ser, cómo se deben comportar, qué espacios públicos y privados deben usar y cómo deben hacerlo, esto a la larga, también se enmarca en las dinámicas familiares, sociales, culturales, religiosas, educativas, etc. Un ejemplo de esto nos lo da el Colectivo LASTESIS:

Nosotras hemos sido violadas. Nosotras hemos sido invisibilizadas.
Nosotras hemos recibido menos sueldo por el mismo trabajo que un

hombre. Nosotras hemos tenido que escuchar cómo un hombre nos explica, de manera condescendiente, algo que ya sabemos [...] Nosotras hemos recibido violencia económica. Nosotras hemos sido perseguidas y violentadas por decir lo que pensamos. (LASTESIS, 2021, p. 10,11)

Esta cita, es un claro ejemplo de las prácticas violentas y de disciplinamiento que han sido impuestas hacia las mujeres-feminizados, como lo son la negación en espacios de participación, la minorización e infantilización de las opiniones, las desigualdades económicas o las prácticas más evidentes como la violación. Vemos que estas prácticas disciplinarias, independientemente de si son sutiles o no, están profundamente ligadas al cuerpo de las mujeres, a los cuerpos feminizados. Donde gracias a la normalización de acciones, discursos y símbolos, el patriarcado se sigue manteniendo como sistema de poder que opera dentro de esta red compuesta por elementos heterogéneos. Con esto, podemos identificar que, tal como sucede con los dispositivos de poder, el patriarcado también es estrategia, ya que se vale de las formas discursivas y no discursivas para operar.

Así mismo, dentro del dispositivo patriarcal se comienzan a configurar relaciones de poder marcadas por la diferencia de género, ya que, en palabras de Segato “Es en los «géneros» que se traviste una estructura subliminal, en sombras, de relación entre posiciones marcadas por un diferencial de prestigio y de poder” (Segato, 2016, p. 92) Esto quiere decir que las relaciones de poder que se comienzan a configurar a partir del patriarcado de alta intensidad, toman al género como mecanismos para reproducir el patriarcado en todos los sistemas y círculos sociales. Esto se da gracias a las configuraciones espaciales, es decir, a los lugares estratégicamente diseñados para moldear a los sujetos femeninos y masculinos, también por las prácticas que dividen y disciplinan a los sujetos según su condición sexo-género.

Reflexiones finales

Al entender al patriarcado como un dispositivo de poder, cabe preguntarse, ¿qué es lo que posibilita que el patriarcado siga existiendo? Si bien entendemos que el patriarcado es maleable, se adapta, muta, y se transforma constantemente, se ajusta al momento histórico y coyuntural, lo que posibilita que se siga repitiendo los patrones y las dinámicas violentas. Pareciera que el propósito es mantener el mandato de masculinidad, donde se pretende mantener el orden jerárquico de las relaciones de poder, donde el sujeto dominante de una u otra forma sea ese masculino, el universal. Aunque es claro que, dentro de las dinámicas de la vida pública, más mujeres, las disidencias sexuales y los *alter* tienen una mayor participación, en términos de Segato, al no existir un cambio en las dinámicas dentro de la política, y en muchas otras esferas, estas mujeres, disidencias terminan haciendo un ejercicio de enmascaramiento, por lo que muchas veces adoptan las dinámicas del universal para poder funcionar en el ejercicio de representación y ser tomadas en cuenta.

Esta es solo una de las razones por las que resulta extremadamente difícil identificar y romper con patrones patriarcales que tenemos dentro de nuestras sociedades, con nuestros vínculos más cercanos e incluso dentro de nuestras mismas prácticas como individuos, ya que “desprender lo aprendido es una labor muy ardua” (LASTESIS, 2021, p. 86) además de que estamos tan inmersos en estas dinámicas que lo único que nos queda por hacer es reconstruir, tal como lo menciona Segato: “Hay que rehacer las formas de vivir, reconstruir comunidad y vínculos fuertes [...] retejer el tejido comunitario, derrumbar los muros que encapsulan los espacios domésticos y restaurar la politicidad de lo doméstico propia de la vida comunal” (Segato, 2016, p. 106)

Referencias:

- Castro, E. (2004) *El vocabulario de Michel Foucault*. Universidad Nacional de Quilmes - Prometeo
- Foucault, M. (1991). *El sujeto y el poder*. CARPE DIEM Ediciones.

Foucault, M. (2003). *Historia de la sexualidad, 1: La voluntad de saber*. Siglo XXI Editores.
LASTESIS, C. (2021). *Quemar el miedo, un manifiesto*. Planeta.
Lerner, G. (1990). *La creación del patriarcado*. Editorial Crítica.
Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficante de sueños.